

Textos exposiciones

campos magnéticos, (Antón Patiño, galerías Antonio Machón de Madrid e Isabel Ignacio de Sevilla), *Ubicarte*, mayo de 2003

Comenta Sánchez Robayna en uno de los catálogos, que Antón Patiño nos ofrece en Madrid una nueva entrega de ánforas, larvas y redes flotando aquí y allá en unos lienzos que, más que mostrar esos objetos, los sostienen en una líquida suspensión vibrante. En una especie de apuntes tomados al paso, hay "una verdadera mitología tejida en torno a la presencia a la vez fascinante y amenazadora del océano". En cada cuadro se reinicia un diálogo entre el fondo traslúcido, casi minimalista, y el trazo pasional, violento. Se ha recordado además la tensión dialéctica entre el pictograma y el gesto, entre geometría y fisicalidad, que Patiño trabaja obsesivamente desde los años ochenta. Todo esto dentro de un cierto automatismo, una espontaneidad rápida que brota de un estilo largamente probado. En estos tiempos donde la pintura está en cuestión, es como si bastara que el pintor hiciera del ejercicio de la pintura su tema. Quizá por esto es frecuente en Patiño un bullir de bocetos, una poética del desorden que busca huir del global diseño imperante.

Frente al bombardeo de imágenes que nos abrumba, Patiño se presenta como un recolector de signos silenciosos, de iconos cargados de una fuerte impronta arcaizante. Emblemas de todo lo que desconocemos del mundo, sus símbolos tienen la virtud de aparecer limpios, rodeados de un silencio acuoso y liberados de la fatigosa sucesión de imágenes habituales, lo cual les aproxima a lo sagrado. Creador de una proliferante polisemia, a la vez barroca y noroesteña, Patiño es sin duda un pintor culto, pero trabaja sobre un sustrato de memoria mítica, pre-verbal. Desde ahí se empeña en resucitar una y otra vez la hermandad entre las palabras y el orden mudo de las cosas.

Los tonos traslúcidos, estas láminas donde el sol bate, son punteadas por lo macizo, sea lo opaco del barniz, sea esa profética mancha de petróleo que siempre vuelve en la pintura de Patiño. Las manchas oscuras pugnan con el aire, como si los dos polos, sólido y líquido, pertenecieran a una volcánica naturaleza que la pintura ha de intentar comprender. Tenemos la impresión de estar ante los restos de un naufragio, entre fragmentos a la deriva, grumos de sentido perdidos en la vastedad. En este fondo ígneo o acuoso se conservan las huellas de todo lo sucedido, como si el artista no pudiera renunciar a nada, aceptar la especialización de la memoria y la mirada que resulta de las variantes perversas de la división del trabajo.

Hay en esta fulguración de las superficies una profundidad que es incómoda porque algo siempre parece escapársenos. Tal vez es por esto que la complejidad de la instalación, convirtiendo su espectacular medio en fin, le gana el terreno en esta época a la simplicidad de la pintura.

Patiño pinta lo provisional, lo efímero, lo que despunta y no termina de concluirse, a imitación de tantos seres frágiles. Se sumerge en la otra cada del espejo, el envés de nuestro mundo, para deletrear ahí la caligrafía de las cosas, un registro secreto donde todos los seres tienen un lenguaje. Patiño representa el magnetismo del "caos", es decir, del orden no atendido por este ruidoso mundo. Fascinada por lo espectacular, nuestra sociedad ignora (cuando no aniquila) todo lo que no entiende, ese guarismo escondido en cada avatar. Es ahí, sin embargo, donde tiene su estudio el pintor: entre cuatro paredes (del

estudio, del cuadro), se precipita un afuera más vasto que el de todos los juegos virtuales.

Se exponen en estas salas signos sin tiempo, emblemas huérfanos flotando en un cielo vacío. El pintor parece proponernos que de la Historia mundial sólo quedan estos restos, doblemente significativos por estar al borde de lo insignificante. Lo que yace en el fondo, semienterrado, debe ser objeto de una arqueología espiritual que busque nuestro rastro, el punto donde nos hemos perdido. Digan lo que digan los políticos, todo nuestro arte trabaja desde hace tiempo con la hipótesis de que algo fatal ha ocurrido, de que hay un malestar que habría que interrogar. De ahí esta obsesión en Patiño por encontrar los emblemas del cuerpo, de la tierra, de la percepción humana.

Al menos desde el romanticismo, el arte y el pensamiento buscan la verdad en los bordes, en los residuos, en los pequeños seres que laten en las afueras de nuestro opulento confort. Con este nuevo canto a la resistencia de lo pequeño, del material pululante del universo, Antón Patiño recrea su particular lugar en un venerable linaje de búsqueda.

Madrid, 14 de mayo de 2003.